



Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma

Año LXXVII. 27 DE FEBRERO DE 1936. Núm III.

SUMARIO: XIV Aniversario de la Coronación de su Santidad al Papa Pío XI.—Día onomástico del Excmo. y Rvdmo. Prelado.—Exhortación Pastoral de su Excia. Rvdma. con motivo de la Santa Cuaresma.—Secretaría de Cámara y Gobierno: Avisos a los Sres. Arciprestes.—Id. a los Sres Curas.

LA FIESTA DEL PAPA

El Excmo. y Rvdmo. Prelado dirigió a Su Santidad el Papa Pío XI, con motivo del XIV aniversario de su Coronación, el siguiente telegrama:

8 II. 1936—VATICANO

Obispo, Clero, Acción Católica, Asociaciones Pías, Fieles ofrecen Santísimo Padre filial homenaje aniversario Coronación. Anhelan bendición.

OBISPO DE CSMA

Al cual el Romano Pontífice, por medio del Eminentísimo Sr. Cardenal Secretario de Estado, se ha dignado contestar con otro que dice así:

Padre Santo de corazón agradece filiales homenajes bendiciendo fraternalmente Vucencia, Clero, fieles, Acción Católica, Asociaciones piadosas Diócesis.

CARDENAL PACELLI

Onomástico de Su Excia. Rvdma.

El día 7 del próximo mes de marzo es la fiesta onomástica de nuestro Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo. Al reiterar, con tan fausto motivo, al Rvdmo. Prelado el testimonio de la más viva e inquebrantable adhesión a su sagrada persona, el BOLETÍN ECLESIASTICO hace votos al Altísimo para que nos le conserve muchos años y le llene de vida, para gloria de Dios y bien de la Diócesis.

Exhortación Pastoral con motivo de la Santa Cuaresma

ORACION Y PENITENCIA

Venerables Hermanos e Hijos muy amados en Nuestro Señor Jesucristo:

Al acercarse este santo tiempo de Cuaresma en que nuestra santa Madre la Iglesia invita a todos sus hijos con marcada insistencia a la práctica reiterada de la oración y la penitencia, quisiéramos también Nos, por medio de esta breve exhortación pastoral, y en cumplimiento de nuestro ministerio pastoral, amonestaros con todo el interés de un Padre amante, que nada anhela tanto como el verdadero bienestar de sus hijos, a que todos entrarais de lleno en ese espíritu de oración y de penitencia, en conformidad con los deseos de la Iglesia. Y lo hacemos con tanto mayor motivo, cuanto las circunstancias adversas en que al presente nos encontramos, cada día que pasa, nos están pidiendo con apremio mayor nuestras oraciones y penitencias.

En efecto; a las dificultades, ni pocas ni livianas que ya antes se nos ofrecían y habíamos de vencer para procurar el bien espiritual de nuestras almas y

la superior vida de la gracia, que es al fin lo único que en la tierra a todos debiara importarnos, ha venido a sumarse la ansiedad de la hora presente con ese cúmulo de males que se cierne sobre nosotros y amenaza, cual espada de Damocles, descargar su golpe en la hora menos pensada.

Para alejar de nosotros esos males, los hombres, con mejor voluntad que acierto, han hablado y escrito mucho, tal vez demasiado, y han llevado a cabo no pocas cosas, que ellos creyeron eficaces, y han resultado del todo inútiles.

Esto, venerables hermanos y amados hijos, nos invita a más hondas reflexiones; debe movernos a pensar si no será ya llegado el tiempo de confiar menos en las trazas e industrias de los hombres, y de volver más los ojos a Dios, para que enderece Él, con la sabiduría y destreza de su brazo omnipotente, lo que, por su torpeza, torcieron aquéllos, y, por más que lo intentan, no pueden ya enderezar.

¡Qué bien se echa de ver aquí, una vez más, la verdad que encierra aquella sentencia de la Sabiduría Divina: «Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam». Todo el empeño que pongan los hombres en conservar y defender la Ciudad, será en vano, si Dios no la custodia y la defiende. Los hombres se han empeñado en bastarse a sí mismos prescindiendo de Dios, y está visto: no lo consiguen. Los males que nos aquejan, no tienen remedio humano. Hay que buscar para ellos otro más eficaz. Tenemos que levantar nuestras manos suplicantes al cielo en demanda de auxilio; es de allí, de donde nos ha de venir el remedio, o no le encontraremos ya para tamaños males.

Si; tenemos que orar. Pero tenemos que orar todos. Porque, ya sé yo que, entre vosotros, hay muchos que acuden a la oración; pero tal vez también son muchos os que no oran; y es menester que ni uno sólo, de los

que creen, deje de orar; es menester que demos todos a la oración la importancia que ella tiene.

Orad, almas, orad, os diré con Santa Teresa de Jesús; que es Dios rico en misericordias y está deseando que se las pidan para otorgarlas. Lo ha dicho El: «pedid, y recibiréis: porque quien pide, recibe; y el que busca, encuentra: y a quien a mi puerta llama, se le abre.» Lo ha dicho, y no faltará: que es fiel cumplidor de su palabra. Así es que, todo el que se encuentre necesitado de su ayuda, y ¿que cristiano verdadero habrá hoy entre nosotros, que no experimente en sí una indigencia grande, y qué no sienta y palpe su propia necesidad? ha de orar con fervor y con insistencia.

Por eso, todos nosotros debemos pedir a Dios; no haya un sólo entre nosotros que deje de acudir a la oración,

Pero no basta orar. Hay que orar bien, hay que acudir a la oración y pedir con el corazón contrito y humillado; hay que orar con fe, humildad, arrepentimiento, fervor, confianza y perseverancia. Sobre todo, con perseverancia. No os canséis de pedir a Dios; que es Padre, y nos ama entrañablemente, pedidle, que es rico, y por más que dé, no se le agotan, ni siquiera disminuyen sus caudales. «Oportet semper orare, et nunquam deficere; hay que orar siempre; no hay que desfallecer en la oración. «Orate sine intermissione».; no ceséis de orar.

Hay que orar bien; y para hacerlo bien, hay que orar en unión la más íntima y perfecta con Jesucristo, que es nuestra cabeza; con su Madre santísima, nuestra Mediadora universal de todas las gracias; con los Angeles y Santos todos del cielos, de cuya intercesión en nuestro favor nos asegura la fe; y con toda la Iglesia Militante, que es la Esposa santa de Jesús.

Hay que orar bien; y Para orar bien, hay que hacerlo en nombre de Jesús, por intercesión de Jesús y de cuantos con El están unidos con esa unión íntima y ex-

trecha que se da entre los miembros vivos y la cabeza que les comunica la sabia y la vida, conforme a aquello que un día dijera Jesús a los Apóstoles: hasta ahora no habéis pedido nada al Padre en mi nombre; pedid y recibiréis; cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo concederá». Y pide en nombre de Jesús, dice san Agustín, el que está unido a Jesús por la fe y por la caridad.

Pues, para obtener el remedio eficaz de los males espirituales que hoy nos aquejan, y de los mayores aún que nos amenazan, así como también de los corporales que nos pudieran servir de estorbo e impedir la consecución de los bienes espirituales, de que tenemos tanta necesidad, oremos; pero, oremos todos y oremos bien; oremos en unión de Jesús, ya que, si así no oramos, se pierde, en parte, la eficacia de nuestra oración.

Venerables hermanos y amados hijos: todo hoy nos está diciendo que miremos menos a la tierra: que levantemos nuestros ojos al Cielo; que oremos más y que oremos mejor.

* * *

Pero a la oración habremos de añadir la penitencia, porque tenemos a Dios irritado por nuestros pecados. Por nuestros pecados, sí; porque todos hemos pecado. Con nuestras acciones o con nuestras omisiones, hemos contribuido todos al mal público que padecemos; todos hemos pecado; y «el que diga que no ha pecado, miente; y no está con él la Verdad», os diremos con san Juan.

Pues, si todos hemos ofendido a Dios y queremos, no obstante... conseguir y alcanzar sus misericordias, menester será que procuremos todos también aplacar antes su justicia. Ahora bien; la justicia divina no se aplaca si no es por la penitencia. Esta es la moneda legítima, auténtica, con que se paga a Dios la deuda con Él contraída por el pecado; la penitencia es la condigna satisfacción que se le puede ofrecer al Señor por la injuria causada, por la ofensa inferida.

¿Todos hemos pecado? Pues hagamos todos penitencia, para aplacar a Dios, justamente irritado, contra nosotros.

Y como, por desgracia, son muchos los que no atienden y hasta desprecian esta voz de lo Alto, que a todos nos llama a penitencia; y puesto que no serán pocos los que, lejos de ofrecer satisfacciones condignas que borren la culpa, continuarán pecando y aumentarán la ofensa, no seamos nosotros cortos ni perezosos, antes, con generosidad, ofrezcamos nuestras penitencias saludables en justa expiación de faltas propias y ajenas, que a ello venimos obligados por la ley de caridad, de solidaridad cristiana y aun de interés propio bien entendido.

El ayuno, que es la expresión más gráfica, y la forma más típica de la penitencia, practicado con esa intención y encaminado a esos fines en la presente Cuaresma, sería un acto excelente de desagravio que podríamos ofrecer al Señor irritado; una satisfacción muy grata a Dios ofendido. El ayuno, además, como canta la Iglesia en el Prefacio de este santo tiempo de Cuaresma, reprime los vicios, eleva el espíritu, obtiene la fortaleza y asegura la recompensa.

Oración y penitencia: he ahí nuestras armas. Con ellas, bien manejadas, triunfaremos: sin ellas, irremisiblemente estamos perdidos. En las rudas batallas contra el mundo y el demonio que se han concitado a luchar hoy para juntos contra todo lo que tiene y conserva algún sabor cristiano, el verdadero hombre de Cristo, el que de verdad quiere mantenerse firme en su santa ley, no lo conseguirá, no saldrá vencedor, si no se presenta en el campo de batalla y maneja con destreza esas dos armas de la oración y la penitencia.

Ved, pues, por qué, venerables hermanos e hijos muy amados, os recomendamos con tanto interés el ejercicio de esas dos virtudes gemelas, que mutuamente se prestan ayuda; y por qué os las recomendamos a

todos, y para todo tiempo, pero principalmente para este de la santa Cuaresma en que nos encontramos, considerado siempre en la Iglesia de Dios como el más apto para la oración y la penitencia, y os las recomendamos ahora sobre todo que las circunstancias nos son particularmente adversas. En el orden espiritual, hace tiempo que estamos en decadencia; vamos de vencida y acabamos de sufrir una gran derrota. Hemos de reaccionar; debemos esforzarnos, necesitamos vencer y son estas las armas, que bien manejadas, nos darán pronto la más completa de las victorias.

Por lo demás, al exhortaros así, no hacemos otra cosa que seguir de lejos las huellas trazadas por los más grandes santos y Prelados de la Iglesia Católica. «Os amonesto, decía san Ambrosio a sus fieles de Milán, que durante la Cuaresma, ni un sólo día dejéis de ofrecer el santo sacrificio y de comulgar; y, por consiguiente, a que vuestra vida sea pura y limpia, para que podáis dignamente acercaros a la sagrada Mesa». Vosotros, clamaba a su vez san Agustín a los cristianos de Hipona, vosotros que aún en otros días ayunáis y afligís vuestros cuerpos, aumentad, en estos días de la Cuaresma, vuestras penitencias y mortificaciones; y vuestras súplicas a Dios sean más fervorosas y frecuentes.

Porque, como ellos para los suyos, anhelamos Nós para todos vosotros vuestra propia santificación; como ellos a los suyos, así os recomendamos Nós con tanto interés la oración y la penitencia, especialmente durante este santo tiempo de Cuaresma.

Os las recomendamos con mayor ahinco, si cabe, porque deseáramos ver restauradas en nuestra amadísima diócesis aquellas costumbres cristianas, de tiempos aún no lejanos, en que el pueblo en su vida colectiva y social guardaba las leyes evangélicas; practicaba las reglas de vida enseñada por la Iglesia, y no solamente en lo íntimo de la conciencia, sino también en las

relaciones exteriores y públicas, obedecía a la norma de las costumbres que aquella imponía. En aquellos tiempos, que muchos de nosotros hemos alcanzado, cesaban durante la Cuaresma, aún en las grandes ciudades, las profanas diversiones, las fiestas disipadoras, los placeres mundanales y hasta se respiraba en el público ambiente una santa seriedad, cierto aroma como de recuerdo de Dios, de las verdades eternas y de la responsabilidad humana.

¡Qué extraño es que se encontraran entonces abiertas más fácilmente las puertas de la misericordia divina; que el hombre encontrara a Dios más propicio y alcanzará con mayor prontitud el perdón de sus pecados y la reconciliación con el Supremo Hacedor de todas las cosas?

Pues, venerables hermanos y amadísimos hijos; no degeneremos de nuestros antepasados; mostrémonos dignos hijos de tan nobles y cristianos padres.

Y para que así sea, os damos con todo el afecto Nuestra Pastoral Bendición en el Nombre del Padre † y del † Hijo y del † Espíritu Santo. Amén.

Burgo de Osma, Dominica de Quincuagésima, 23 de febrero de 1936.

† TOMÁS, OBISPO DE OSMA

(Léase a los fieles esta Exhortación Pastoral en la forma acostumbrada.)

A V I S O S

I.—A LOS SRES. ARCIPIRESTES

Nuestro Excmo. y Rvdmo. Prelado espera que cuantos aún no le han enviado la relación anual del Arziprestazgo, lo verifiquen a la mayor brevedad, extendiéndola lo más detalladamente posible.

II.—A LOS SRES. CURAS

Se encarga a quienes todavía no la hubieren dado, envíen sin dilación la relación de Misas binadas en favor del Seminario durante el último trimestre de 1935, remitiendo la correspondiente nota a la Secretaría del Obispado.

IMPRESA Y LIBRERIA DE JIMÉNEZ.—BURGO DE OSMA.